

Palabras en el aire

POR LUCÍA ALIX

Paula Bombara

La chica pájaro

Buenos Aires

Editorial Norma

2015

171 págs.



Palabras en el aire

Lucía Alix¹

Luz, luz, luz del alma
soy un hombre que espera el alba.
Luz, luz, luz del alba
soy un hombre que espera el alma

Par mil. Divididos

Un árbol desde el cual colgar un pedazo de cielo. Un banco que permita ver el espectáculo. Un camino que conecte ambos puntos. Una construcción como excusa para ir todos los días. Esos cuatro elementos son los que la voz narradora en la novela de Paula Bombara *La chica Pájaro* necesita para enmarcar la historia. Cuatro cosas que se pueden encontrar en cualquier plaza de nuestro país. Son cuatro elementos

¹ Estudiante avanzada del Profesorado en Letras en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Adscripta de la cátedra Literatura Infantil y Juvenil desde el año 2016.

comunes, cuatro elementos corrientes. Tan comunes y corrientes como la historia que los conecta, que les da significado. Una historia con nombres y sin apellidos que podemos encontrar, al igual que el árbol, el banco, el camino y la construcción, en cualquier parte de la Argentina.

Una chica que escapa de un novio violento, y al mismo tiempo escapa de una historia familiar violenta, se refugia en una plaza, en un árbol que le permite anidar en su copa. ¿Anidar? Sí, anidar, porque nuestra protagonista es una chica pájaro. “Un cielo es lo que lleva ahí” (Bombara, 2015, p. 20), una tela para practicar acrobacia aérea, de color celeste que asemeje el cielo para volar en ella, volar sin alas, pero con libertad. Y es que cuando nuestra chica pájaro se enreda y desenreda de su pedazo de cielo, el miedo y el dolor quedan en la tierra.

Mara es el nombre de nuestra protagonista, una adolescente que intenta escapar de su pasado en lugar de enfrentarlo. Este hecho produce una escisión en el personaje, el cual se desdobra entre Mara y Alma. “*Qué lindo es que nadie te conozca. Ser nadie. Ser otra. Ser de nuevo. Tener otro nombre. Dar vuelta la página. Eso. Renacer. Alma y cuerpo. Nuevos. (...) Se piensa otra, se piensa Alma, ese nombre etéreo, capaz de girar con ella, fundirse con ella, en las alturas.*” (Bombara, 2015, pp. 33-34). Mara es el pasado, es la historia, la memoria; Alma es el futuro, el olvido.

Si bien para nuestra protagonista el dar un nombre falso es una forma de defenderse ante nuevas posibles amenazas, también representa la posibilidad de tener un nuevo comienzo, tener una nueva vida sin arrastrar con ella la violencia que hereda de su familia. Pero al ser Alma también está negando su historia y, por lo tanto, quien realmente es. Para Mara ser Alma no significa ser libre, sino huir, seguir huyendo. La carrera desde el auto al árbol, fuera del alcance de su novio violento, se extiende hasta que ella se reconoce en su madre, en su pasado, en el dolor y encuentra la fuerza para denunciar y decir abiertamente que es víctima de violencia de género.

Mara recibe ayuda y compañía de Leonor, una jubilada que sobrevivió a un marido golpeador, y de Darío, un joven electricista que se enamora de ella. El narrador en tercera persona sigue los puntos de vista de estos tres personajes, uno en cada capítulo, y entrelazando sus vivencias es que la historia avanza. Además del narrador,

encontramos monólogos internos de los tres personajes que se diferencian por el tipo de letra en cursiva.

Los monólogos internos nos ayudan a descubrir a los personajes, en el caso de Darío y Leonor éstos giran en torno a Alma, los de Mara nos ayudan a conocer su historia, por lo tanto el narrador y lector la descubren a la par. *“Lo que pasa es que mi casa es un quilombo. Perdón. Es un lío. Un lío. Y un desastre. Yo estuve pensando en estos días, ¿viste? Y es un desastre desde hace. Es un desastre. Mi papá se fue cuando yo tenía siete años. Pero antes de irse nos cagó a palos.”* (Bombara, 2015, p. 63)

Los monólogos de Mara están llenos de repeticiones, eso sumado a las oraciones cortas crean un efecto de lectura entrecortado, los puntos que reemplazan las comas hacen que las pausas durante la lectura sean más marcadas, simulando la agitación, la incertidumbre de un discurso oral que se verbaliza a la vez que se formula en el pensamiento. El discurso de Mara es indeciso y desorganizado, ya que debe corregirse todo el tiempo al usar palabras más acordes a su interlocutor, quien suponemos que es Leonor.

En contraparte a nuestra joven protagonista tenemos a su madre Graciela, quien a diferencia de su hija, está resignada a mantener una relación de violencia y temor: *“Me dijo que te va a prender fuego. Yo le tengo miedo al fuego. ¿Viste el noticiero? Prenden fuego. Tengo miedo al fuego”* (Bombara, 2015, p. 113), le dice la madre a Mara. La mención de los noticieros nos lleva a pensar en la repercusión que tuvo en la sociedad el caso de Wanda Taddei, y cómo se reprodujeron los casos de mujeres quemadas por sus parejas a lo largo del año 2010.

Como en la Edad Media, cuando la Inquisición con impunidad y sadismo quemaba vivas a mujeres que le resultaban inconvenientes, con horror vemos por estos días una seguidilla de casos de jóvenes muertas como consecuencia de graves heridas producidas por el fuego. (Carabajal, 25 de septiembre de 2010)

Esta referencia le da un marco histórico a la novela al mismo tiempo que nos demuestra la preocupación de la autora por entregar a sus lectores textos complejos con calidad literaria. Centrar la novela en la temática de la violencia de género puede llevarnos a pensar que se trata de una obra con tintes moralizantes, pero la voz narradora no hace juicios de valor ante ninguno de los personajes y sus acciones.

Además, que no se busca entregar a los lectores un contenido pre digerido, sino que se atreve a dejar espacios en blanco que permiten las múltiples interpretaciones. La autora nos deja en claro la percepción que tiene de los adolescentes, sus lectores.

Gracias al personaje de Graciela la palabra fuego se repite a lo largo de todo el capítulo 27 y se instala en la lectura, no deja que como lectores olvidemos que le teme, que el fuego es peligroso para las mujeres y que los hombres como Maxi son capaces de utilizarlo.

A partir de las repeticiones el fuego se enciende y se expande. Primero aparece en una metáfora referida a Maxi: “Los ojos de él son dos pedazos de madera seca. Estallarán ante otra chispa.” (Bombara, 2015, p. 115), y su furia desata un incendio: “Apenas pone su pie descalzo en el pasto, Maxi la pisa con toda su fuerza y ahí se queda. (...)Las señales de dolor suben desde su pie como llamaradas.” (Bombara, 2015, p. 116)

El fuego se abre espacio en el campo semántico de la narrativa como destructor, como herramienta de la violencia y el temor, por eso en un principio son los personajes de Graciela y Maxi quienes se identifican con él. Pero una vez que el fuego alcanza a Mara toma otro significado: “Tiene que escapar. Tensa los brazos, logra trepar sin dejar de gritar y el grito comienza a ser palabra que se enciende para explotar.” (Bombara, 2015, p. 117)

El fuego la alcanza pero en lugar de encontrar la muerte, encuentra la vida. El fuego, símbolo de destrucción, también lo es de valor, ya que desata en el personaje la voluntad de gritar, pero, más importante, de hablar sobre el pasado y volver a ser una persona completa. El título entonces cobra otro significado, la chica pájaro ya no sólo se explica por el árbol y el nido sino por el ave fénix. Como el animal mitológico, Mara se consume en el fuego y renace, pero ya no para olvidar y alejar su pasado, sino para apropiárselo.

El grito desencadena la denuncia, y a partir de esta decisión Mara deja de reconocerse a sí misma como Alma, una chica sin historia. Deja de responder a su pseudónimo y comienza el verdadero proceso de sanación para volver a ser una persona completa y fuerte, ya que “Negar el pasado nos debilita” (Bombara, 2015, p. 68) y ella ahora lo acepta.

Referencias bibliográficas

Carabajal, M. (25 de septiembre, 2010). Mujeres quemadas. *Página 12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/>